

Una medalla para Artur Lundkvist



Con el embajador Máximo Cajal, que acaba de imponerle una medalla

Una de las cosas que habíamos hablado con el entonces embajador de España en Suecia, Máximo Cajal, era la conveniencia de que España reconociese la labor de los hispanistas suecos. Él ya lo había pensado. Me preguntó nombres. “Artur Lundkvist, el primero”. “Pero ¿no me habéis dicho que es muy reacio a las condecoraciones?” Probablemente ya le habíamos contado la escena de García Márquez ofreciéndole a Artur la medalla que le había entregado el presidente de su país con el argumento de que si él (Lundkvist) le había dado el premio, la merecía más que él (Gabo). Y Artur se ríe y va a su cuarto y viene con dos o tres medallas. Se las intercambian bromeando sobre la banalidad de las pompas y vanidades del poder (a ambos les interesaba el mecanismo del poder de verdad.) La medalla quedó en el cajón de los cubiertos...

“Si es una condecoración española, la aceptará”. “¿Puedes preguntárselo?” “Siempre que la cosa vaya en serio. No me gustaría crear expectativas y que luego todo quedase en agua de borrajas.”

“Puedes hacerlo.”

Artur aceptó y Máximo debía tener todo muy preparado porque pronto llegó la confirmación y en 1983 se le entregó la Medalla de Oro al mérito en las Bellas Artes en la embajada de España con la presencia de todos los embajadores latinoamericanos. Fue un acto sencillo y emotivo que a Artur, bastante disminuído físicamente después de su enfermedad, le hizo ilusión. Era gratificante que, en unos años en que estaba convencido de que ya nadie sabía siquiera quién era, alguien reconociese su labor. Es injusto, pero ¿aún hay alguien que busque justicia en la literatura, en el fútbol o en la vida ?

Habló el embajador y luego Sun Axelsson, y René Vázquez Díaz y Per Gimferrer que, encogido en la silla y con la cabeza inclinada hacia la mesa, tuvo una intervención, brillante, sin duda, como todas las suyas, pero que únicamente oyó el cuello de su camisa.

Yo pronuncié estas palabras:

Ahora podríamos estar reunidos en la embajada de Estados Unidos o en la de la Unión Soviética, en la de Francia o en la de la república Popular China, en la del Reino Unido o en la de Australia. En cualquiera de esas embajadas, y en muchas más, se le podría rendir hoy un homenaje a Artur Lundkvist. Un escritor, un hombre que ha convertido al mundo en su cuarto de estar.

Pero aunque esto sea cierto, creo que no exagero al decir que en los últimos 30 años, quizá más. Artur ha encontrado en la literatura española primero, y en la latinoamericana, unas voces hermanas que le han llegado de una manera especial. A la

difusión de ambas ha dedicado mucho de su tiempo y ha contribuido al logro de algunos de sus más destacados galardones.

Por eso es especialmente loable la iniciativa de la embajada de España de dedicar a Artur Lundkvist este homenaje de reconocimiento hispanoamericano en el que participan las embajadas latinoamericanas y también su primer editor en España, el poeta Per Gimferrer.

Nuestra contribución a este acto —hablo también en nombre de Marina, mi mujer— va a ser muy sencilla. Simplemente darle las gracias públicamente por todo lo que nos ha dado a lo largo de 25 años de colaboración y amistad.

Por la lección de generosidad con nosotros y con todo el mundo: generosidad de tiempo, de conocimientos, de talento. Pocos escritores de su categoría han dedicado tanto tiempo a presentar y a difundir la obra de sus colegas con tal falta de vanidad y tanta admiración, tanta que, a veces, poetas desconocedores de la calidad de su obra, preguntaban preocupados si Artur estaba capacitado para traducirlos.

Dedicó a la traducción de las obras de sus colegas también dinero —y no sólo el del premio Lenin—y creó un fondo que nos ha ayudado a muchos a traducir a Ekelöf, Martinson, etc. Sólo excepcionalmente, sus propias obras.

La lección de su absoluta falta de vanidad es siempre un recordatorio cuando se nos quiere subir algún pequeño éxito a la cabeza. Hace unos días nos enseñaba los estuches de las medallas que le habían dejado vacíos. Los miraba con ojillos traviosos, divertidos, cuando nos contaba que le habían dicho que la condecoración que tan solemnemente le había puesto el rey sueco, la podía volver a comprar por 600 coronas. Seguía insistiendo: “La propiedad es un peso, yo quiero utilizar las alas”. Creo que hasta soltó la legendaria carcajada de Douglas Fairbanks en la boca de Lenin, como dijo Erik Blomberg.

Al final de la cena de sus ochenta años, los asistentes instaron a Artur a que pronunciase su discurso sentado. Él se levantó para hablar de pie y dijo: “Yo no tengo por qué avergonzarme de mi altura.” Ni mucho menos. Ni de su altura física ni

de la literaria ni, sobre todo, de la humana.

Porque lo milagroso de Artur Lundkvist es que no hace sentirse a nadie pequeño. Es como si nos hiciese crecer. O como si nos pintase golondrinas en el lomo, como hacía un famoso cronopio en el caparazón de las tortugas.

Gracias, pues, por las golondrinas, Artur.

Artur contestó con las siguientes palabras:

Estoy profundamente conmovido por la atención y estima de que, desde hace tiempo, soy objeto por parte de críticos y escritores del mundo de habla española y me sentí muy honrado por el aprecio oficial expresado en la medalla de oro que me fue concedida por el rey Juan Carlos Primero de España.

Desde que, a la edad de veinticinco años, fui a España por primera vez, he sentido una particular afinidad con su naturaleza, su lengua y su literatura. A lo largo de los años he vuelto en repetidas ocasiones a su cultura que se me ha ido haciendo muy próxima y muchos de sus escritores me han atraído a un estudio mucho más profundo que el de simple aficionado. García Lorca fue una de mis mayores y más tempranas experiencias literarias y, pese a mis escasos conocimientos del idioma, empecé a traducir algunos de sus poemas más importantes; el entusiasmo substituía a los conocimientos lingüísticos formales que me faltaban.

La literatura española me llevó a la literatura latinoamericana en la que descubrí muchos grandes poetas y artistas de la lengua. Mi afinidad con los latinoamericanos es, en muchos aspectos, más radicalmente íntima desde el punto de vista del temperamento. Escritores como Neruda, Asturias, García Márquez, Octavio Paz y muchos otros, se convirtieron en amigos personales.

No tardó en descubrir también la pintura y el cine españoles. Goya me cautivó de una manera especial hasta al punto de sentirme emparentado con él, lo

que me llevó a escribir un libro sobre Goya que despertó interés incluso en España por su profunda penetración en la vida y la obra del pintor.

Del cine español me fascinó muy pronto Buñuel y escribí un libro sobre sus obras. Poco antes de su muerte en México, Buñuel quiso que me fuera allá para trabajar juntos en una nueva película.

Finalmente quiero manifestar mi agradecimiento a mis amigos Marina Torres, Francisco Uriz y René Vázquez Díaz, por su insustituible apoyo en mi actividad como traductor de español a sueco, y por sus excelentes versiones de mi propia obra al castellano.

Artur Lundkvist
Estocolmo, 24 de febrero de 1983

Como recuerdo, el embajador le entregó una preciosa edición de Góngora ilustrada por Picasso, firmada por él y por todos los embajadores latinoamericanos.

En 2002, con la inestimable colaboración de Antonio Piedra y la Fundación Guillén, le hice el homenaje que él más habría apreciado: la hermosa edición de un volumen con una amplia selección de sus poemas, en el idioma que tanto le gustaba, bajo el título de *Textos en la nieve*.